

The book cover features a detailed illustration of a field of white daisies with yellow centers, set against a vibrant green background. The daisies are scattered across the field, with some in the foreground appearing larger and more detailed. The top portion of the cover is a light beige color, where the author's name is printed. The entire cover is framed by a dark blue border.

**Ann
Patchett**

Tom Lake

AdN

**Ann
Patchett**
Tom Lake

Traducido del inglés por Carmen Francí

AdN

Título original: *Tom Lake*

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Ann Patchett
© de la traducción: Carmen Francí, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-56-8
Depósito legal: M. 13.219-2024
Printed in Spain

*Para Kate DiCamillo,
que sostuvo el farol en alto*

El hecho de que a Veronica y a mí nos dieran las llaves del colegio y nos pidieran que nos presentáramos temprano para abrirlo, en una gélida mañana de sábado del mes de abril, con el fin de que se celebraran las audiciones de *Nuestro pueblo*¹, era prueba de que éramos aburridamente dignas de confianza. El director de la obra, el señor Martin, era amigo de mi abuela y trabajaba como agente de seguros en una empresa llamada State Farm. Así es como empecé a actuar, gracias a mi abuela, y Veronica también se metió porque lo hacíamos casi todo juntas. Los ciudadanos de Nuevo Hampshire no se cansaban nunca de *Nuestro pueblo*. Profesábamos por la obra la misma devoción que otros estadounidenses por la Constitución o el himno nacional. Nos interpelaba, hacía que nos sintiéramos especiales, visibles. El señor Martin había previsto que acudiera mucha gente a las audiciones, por ese motivo necesitaba el gimnasio del colegio. El teatro municipal no tenía nada que ver con el institu-

¹ *Our Town* (1938) es una obra del autor estadounidense Thornton Wilder (1897-1975) ganadora del Premio Pulitzer. En ella plasma la vida y la muerte de los habitantes de una pequeña población situada en Nuevo Hampshire presentada por el principal personaje, el director de escena. En castellano se ha traducido como *Nuestra ciudad* o *Nuestro pueblo*. Es una de las obras más conocidas y representadas en los Estados Unidos. (*N. de la T.*)

to, pero como el señor Martin era el agente de seguros del director y, con toda probabilidad, también era amigo suyo, se lo cedía. Así era nuestro pueblo.

Las dos llegamos con sendas tazas de viaje llenas de café y gruesas novelas en edición de bolsillo. Veronica llevaba *Ojos de fuego* y yo, *El doctor Zhivago*. Me gustaba el instituto, pero odiaba el gimnasio y todo lo que representaba: los deportes de equipo, las concentraciones antes de los partidos, el *kickball* agresivo, las carreras en círculos cuando hacía demasiado frío para salir al exterior, los bailes formales, las graduaciones. Pero aquel sábado por la mañana el gimnasio estaba vacío y extrañamente hermoso. La luz del sol entraba por las estrechas ventanas situadas justo debajo de la cubierta. Me parece que nunca me había fijado en que el gimnasio tenía ventanas. El suelo, las paredes y las gradas estaban hechos con tablones idénticos de madera clara. El escenario se encontraba en un extremo, detrás de la canasta de baloncesto; tenía pesadas cortinas rojas que estaban descorridas y dejaban ver una zona vacía y oscura donde estaba previsto que tuviera lugar la acción. Nos habían indicado que colocáramos una mesa y cinco sillas plegables delante del escenario («Cerca, pero no demasiado», nos había dicho el señor Martin), y luego, a treinta metros de distancia, bajo la canasta de baloncesto contraria, debíamos poner una segunda mesa, justo delante de las puertas del vestíbulo. Esta era para el registro, tarea que se nos había encomendado. Sacamos del trastero las dos mesas plegables, así como las sillas de tijera. Íbamos a pasar la mañana explicando cómo rellenar el formulario: *Nombre, Nombre artístico (si es diferente), Estatura, Color de pelo, Edad (dividida en tramos de siete años: por favor, marque una casilla), Número de teléfono*. Se había pedido a los aspirantes que llevaran una fotografía y un currículum con todos los papeles que habían interpretado. Teníamos un vaso lleno de bolígrafos. Quienes llegaran sin el currí-

culum podían anotarlo por escrito en un folio; Veronica estaba preparada para hacer una Polaroid a quien no tuviera foto y luego pegarla al formulario. El señor Martin nos había dicho que no debíamos avergonzarnos a nadie por tener menos experiencia porque, en palabras textuales: «A veces, ahí es donde están los diamantes».

Pero Veronica y yo no éramos aficionadas al teatro. A las aspirantes a actrices no se les pedía que desempeñaran nuestra tarea porque tal vez querían presentarse para un papel. Nosotras éramos chicas normales y ni siquiera habríamos sabido hacer que los adultos se sintieran juzgados por su falta de experiencia teatral. En cuanto tuviéramos lista la documentación del candidato, debíamos entregarle las páginas que se le pediría que leyera, junto con un número impreso en un papelito cuadrado, y luego debíamos enviarlo de vuelta al vestíbulo para que esperara.

Cuando se abrieron las puertas a las ocho, entró tanta gente que Veronica y yo tuvimos que volver corriendo a nuestra mesa para adelantarnos a la multitud. Al instante nos encontramos inmersas en el trabajo.

—Sí —aseguré a una mujer y luego a otra—, si quiere presentarse para el papel de la señora Gibbs, puede ser candidata también para el de la señora Webb.

Lo que no les decía, aunque acabó siendo evidente, era que, si se presentaban para Emily, también se valoraría si podían hacer de la madre de Emily. En una obra de teatro escolar no era raro que un actor de quince años hiciera de padre de otro de diecisiete, pero el teatro municipal era otra cosa. Aquella mañana, los aspirantes eran de todas las edades, no solo hombres mayores que querían interpretar al director de escena, sino también estudiantes universitarios que querían ser Emily o George. (Las Emilys llevaban demasiado maquillaje y vestían como las chicas *amish* que vendían bollos de

canela en el mercado. Los Georges se miraban de reojo entre sí.) Algunos niños pequeños se acercaban a nuestra mesa y nos decían que querían ser Wally o Rebecca. Sin duda, sus padres estaban buscando algún tipo de entretenimiento que hiciera las veces de canguro porque ¿qué niño de diez años anuncia un buen día a la hora del desayuno que quiere hacer el papel de Wally Webb?

—Si toda esta gente vuelve y compra entradas, será un exitazo —comentó Veronica—. La obra podrá ir de cabeza a Broadway y seremos ricos.

—¿Cómo podría hacernos ricos? —pregunté.

Veronica contestó que estaba extrapolando.

El señor Martin había pensado en todo, excepto en las carpetas para sujetar los papeles, lo que resultó ser un despiste bastante molesto. La gente escribía apoyándose en nuestra mesa y se creaba un atasco enorme. No sabía si era más deprimente ver a los conocidos o a los desconocidos. Cheryl, que trabajaba en la caja de Major Market y debía de tener la edad de mi madre, sostenía en las manos un currículum y una fotografía. Si Cheryl siempre había querido ser actriz, no me sentía capaz de volver a la tienda de comestibles. Y, además, había un montón de desconocidos, hombres y mujeres envueltos en abrigo y bufandas, que miraban el gimnasio con una expresión que dejaba claro que no lo habían visto en su vida. También me parecía triste imaginarlos conduciendo quién sabe cuánto rato aquella gélida mañana, ya que aquello suponía que estaban dispuestos a seguir yendo y viniendo en coche a los ensayos y actuaciones durante todo el verano.

—El mundo entero es un escenario —sentenció Veronica, que era capaz de leerme el pensamiento—, y todos los hombres y mujeres quieren actuar en él.

Recogí el currículum y la fotografía del padre de mi amiga Marcia, que él pronunciaba Mar-si-a. Me había sentado a la

mesa de aquel hombre, había ido en el asiento trasero de su coche cuando llevaba a su familia a tomar helados, había dormido en la cama gemela del dormitorio de su hija, pintado de rosa. Hice como si no lo conociera porque me pareció lo más amable por mi parte.

—Laura —exclamó, mostrándome todos los dientes en una sonrisa—. ¡Buenos días! Cuánta gente hay por aquí.

Asentí, le di el número y el texto, y le pedí que volviera al vestíbulo para esperar.

—¿Dónde está el baño? —preguntó.

Era una lata. Incluso los hombres querían saber dónde estaba el baño. Querían arreglarse el pelo, aplastado por el gorro de lana. Querían leer el fragmento delante del espejo para ver qué aspecto tenían. Le dije que el del Centro de Artes y Lenguas estaría menos lleno.

—Parecéis muy ocupadas —comentó mi abuela, que apareció detrás de nosotras cuando el padre de Marcia se alejaba.

—¿Quiere usted un papel? —preguntó Veronica—. Tengo contactos y puedo convertirla en una estrella. —Veronica quería a mi abuela. Todo el mundo la quería.

—Solo he venido a echar un vistazo.

Mi abuela miró hacia la mesa que estaba situada delante del escenario para indicar que se sentaría allí con el señor Martin y la gente del teatro. Mi abuela, que tenía una tienda de costura y arreglos llamada Stitch-It, se había ofrecido voluntaria para ocuparse del vestuario, lo que significaba que yo también trabajaría de modo voluntario para hacer los trajes mientras la ayudaba después de las clases. Me dio un beso en la cabeza antes de alejarse por la pista de baloncesto vacía en dirección a su mesa.

Las audiciones tenían que haber empezado puntualmente a las diez, pero, por culpa de la falta de carpetas donde suje-

tar los papeles, eran ya más de las diez y media. Después de que se apuntara todo el mundo, Veronica dijo que formaría grupitos en función del número adjudicado y de los papeles que querían representar, y los conduciría hasta el pasillo para que esperaran.

—Haré de perro pastor —anunció, levantándose de la mesa.

Yo tenía que quedarme y seguir atendiendo a los rezagados. El señor Martin y mi abuela se sentaron con otras tres personas tras la mesa situada frente al escenario. Y de repente, el gimnasio, que había estado en ebullición, se quedó en silencio. Cuando los llamaran por su nombre, Veronica acompañaría a los actores por el pasillo y las escaleras, entre bastidores y hasta el borde del escenario. Mientras esperaban, los actores no podían presenciar las audiciones de los demás, y los que habían intervenido ya tenían que marcharse, a menos que se les indicara lo contrario. Todos los que hacían el papel de director de escena pasaban en primer lugar (el director de escena es el papel principal de la obra), seguidos de todos los Georges y Emilys, y luego irían los demás miembros de la familia Webb (el señor, la señora y Wally) y los Gibbs (el doctor, su mujer y Rebecca). Los papeles menores se distribuirían después: nadie sale de casa con la esperanza de conseguir el papel del agente Warren, pero si te lo ofrecen, lo aceptas.

—Señor Saxon —dijo el señor Martin—, lea usted el principio del segundo acto.

Todos los candidatos al papel de director de escena leían el principio del segundo acto.

Me sorprendió oír el rumor de los pasos del señor Saxon al cruzar el escenario.

—¿Soy el primero? —Al señor Saxon no se le había ocurrido pensar que, si se presentaba en el gimnasio del instituto

media hora antes de que abrieran las puertas, ese podría ser el resultado.

—Sí, es usted el primero —contestó el señor Martin—. Por favor, empiece en cuanto esté listo.

El señor Saxon carraspeó y, tras hacer esperar un minuto más de lo que habría sido ligeramente incómodo, empezó:

—«Tres años han pasado —declamó—. Sí, el sol ha salido más de mil veces.»

Seguí mirando hacia el vestíbulo como llevaba haciendo toda la mañana, aunque ahora los dos batientes de la puerta estaban cerrados. El señor Martin, mi abuela y los demás estaban lejos, me daban la espalda, yo les daba la espalda, y el pobre señor Saxon, que agonizaba con una muerte terrible en escena, sin duda miraba al director, y no la espalda de una alumna. Sin embargo, como muestra de cortesía, no me di la vuelta. Siguió hasta el final de la página.

—«¡Ya está! Ya se oye el de las 5:45 para Boston» —dijo por fin; su voz se llenó de alivio.

La lectura duraba dos minutos y me pregunté cómo se les había ocurrido elegir un fragmento tan largo.

—Muchas gracias —dijo el señor Martin con voz inexpressiva.

Qué tristeza. Si Veronica hubiera estado allí conmigo, habríamos jugado en silencio al ahorcado y habríamos añadido una parte del cuerpo por cada palabra que el señor Saxon había dicho titubeando. No nos habríamos mirado por miedo a echarnos a reír. Pero Veronica estaba en el pasillo y, a pesar de nuestras previsiones, nadie había llegado tarde. En realidad, todos los candidatos habían tenido la misma idea: llegar temprano, registrarse y aguardar en fila tal como se les decía, demostrando así que se les daba bien seguir indicaciones. El señor Martin llamó al segundo candidato, el señor Parks.

—¿Tengo que empezar en la parte de arriba de la página, donde está marcado? —preguntó el señor Parks.

—Así es —contestó el señor Martin.

—«Tres años han pasado —dijo el señor Parks, y esperó otros tres años para resaltar bien la frase—. Sí. —Otra pausa—. El sol ha salido más de mil veces.»

El señor Parks estaba actuando para Maine, no para Nuevo Hampshire. Si me hubiera dado la vuelta, sin duda habría visto a un hombre con un impermeable amarillo y una lan-gosta bajo el brazo. En silencio, busqué en la mochila y cogí el ejemplar de *El doctor Zhivago*. Ese era mi plan: ellos harían las audiciones y yo leería, y, cuando nos cansáramos, Veronica y yo intercambiaríamos los papeles para que ella pudiera leer. Al señor Parks le faltaba todavía un buen rato para llegar al final de la página. Lo bueno de *El doctor Zhivago* era que tenía una trama lo bastante compleja como para exigir toda mi atención. No me gustaba mucho la novela, pero quería saber qué le pasaba a Lara. De todos modos, la sexta vez que un aspirante al papel de director de escena dijo que el sol había salido, me di cuenta de que Pasternak no estaba a la altura de mis circunstancias y le di la vuelta a la silla.

Uno tras otro, los directores de escena salieron al proscenio y empezaron a hablar. La torpeza con que aquellos hombres se presentaban y el modo en que les temblaba el papel en las manos eran cosas que ninguna colegiala habría querido ver. Algunos poseían buena voz, pero si estuvieran en un bote escorado, se hundirían como anclas: tenían cero flotabilidad. Otros no tenían mala presencia y daban vueltas con una mano metida en el bolsillo, pero no pronunciaban bien. La frontera estaba en el cuello: unos tenían una cosa y otros tenían otra, pero ninguno conseguía dominar ambas a la vez. En conjunto, los directores de escena eran como un accidente de coche, algo así como un choque múltiple, y yo no era capaz de apartar la vista.

A pesar de las apariencias, era casi primavera en Nuevo Hampshire. Me faltaban siete semanas para terminar el penúltimo año en el instituto, pero no podía dejar de pensar que aquel era el primer día de mi verdadera formación. Ninguno de los libros que había leído era tan importante como aquello, ninguno de los exámenes de matemáticas o de los trabajos de historia me había enseñado a actuar, y por «actuar» no me refiero al teatro, sino a la vida. Lo que estaba viendo era, ni más ni menos, cómo tenía que presentarme ante el mundo. Una cosa era contemplar a unos actores que habían memorizado un texto y habían estado ensayando meses y otra muy distinta era ver a aquellos adultos tropezar y fracasar. El truco estaba en identificar qué error cometía cada uno. El señor Anderson, empleado del Liberty Bank, había traído una pipa, un accesorio que podría haber estado bien si lo hubiera tenido en la mano, pero que se empeñaba en sujetar con los dientes. No hacía falta ser actor para saber que la capacidad para separar las mandíbulas era útil cuando se trataba de hablar y, sin embargo, yo lo sabía y él no. Luego, durante la intervención de dos minutos, dobló el papel que estaba leyendo, se lo metió en el bolsillo interior de la americana, sacó del bolsillo una caja de cerillas de madera y encendió la pipa. La aspiración para encender el tabaco, la llamita que salió de la cazoleta, todo formaba parte de la representación. Después guardó la caja de cerillas y el fósforo usado en el bolsillo, volvió a sacar la hoja con el guion, la desdobló y siguió actuando mientras el dulce aroma de la pipa ascendía hacia el techo y llegaba hasta mí.

Que el señor Martin no se levantara y dijera en aquel momento: «Olvídense de mí, no tengo el menor interés en dirigir *Nuestro pueblo*» era prueba de la fortaleza de su carácter. En lugar de ello, tosió un poco y dio las gracias al señor Anderson por su tiempo. Este, tras asentir con aire grave, se retiró.

Todos los actores que hacían el papel de director de escena me dieron, sin proponérselo, una lección: claridad, intencionalidad, simplicidad. Todos me enseñaron algo. Como todos mis amigos, en aquellos tiempos me preguntaba qué iba a hacer con mi vida. Muchos días pensaba que quería ser profesora de inglés porque era la asignatura que se me daba mejor, y me atraía la idea de leer y hacer que los demás leyeran. Me dedicaba a anotar ideas para mi plan docente en un cuaderno de espiral y decidí que empezáramos con *David Copperfield*; pero en cuanto hube optado por dedicarme a la enseñanza, escribí para presentarme voluntaria al Peace Corps. Por supuesto, me encantaban los libros, pero ¿cómo iba a pasarme la vida en un aula sabiendo que era necesario cavar pozos y distribuir mosquiteras? El Peace Corps sería el camino más directo para hacer algo decente con mi vida. «Decencia» era la palabra que empleaba yo entonces para designar todos los aspectos propios de una buena persona, y era algo importante cuando pensaba en el futuro. Ser veterinaria era decente —todos hemos querido ser veterinarios en algún momento—, pero eso implicaba estudiar química, y la química me ponía nerviosa.

Pero ¿por qué siempre buscaba novelas británicas de seiscientas páginas, tareas científicamente complejas y empleos que exigían que me vacunara contra la malaria? ¿Por qué no podía dedicarme a algo que ya se me diera bien? Mis amigas pensaban que debería seguir con la tienda de costura de mi abuela porque yo sabía coser y ellas no. Sus madres tampoco. Cuando cosía un dobladillo o metía una cintura, me miraban como si fuera Prometeo bajando del Olimpo con el fuego.

Si alguien se pregunta dónde estaba la decencia en los arreglos de costura, lo tengo claro: en mi abuela. Era a la vez costurera y fuente de decencia humana. Cuando Veronica hablaba

de los vaqueros que saqué de la bolsa destinada a la beneficencia y cuyas piernas estreché, dijo: «Me salvaste la vida». A la gente le gustaba que la ropa le sentara bien, con lo cual adaptarla era una ayuda, era algo decente. Mi abuela, que siempre tenía una cinta métrica amarilla colgada del cuello y un acerico sujeto a la muñeca con una cinta elástica (la muñequera acerico, la llamaba yo), me lo había enseñado.

La visión de aquellos hombres recitando las mismas frases con tan poca gracia mientras se limpiaban las gafas con enormes pañuelos blancos me hizo pensar en mi vida.

* * *

—Espera, espera, ¿querías ser veterinaria? —Maisie niega con la cabeza—. Jamás en la vida quisiste ser veterinaria. No lo habías dicho nunca.

Maisie empezará tercero de Veterinaria en otoño, si es que en otoño hay clases.

—Durante un tiempo. Ya sabes cómo son las niñas en el instituto.

—Entonces tú querías ser pediatra —señala Nell a su hermana, saliendo en mi defensa.

—¿Alguien puede explicarme qué tiene que ver todo esto con Peter Duke? —pregunta Emily—. ¿Qué tiene que ver la costura con Duke?

Mis hijas me han pedido que empiece la historia por el principio, pero la verdad es que el inicio no les interesa. Quieren oír determinados fragmentos y saltarse el resto para ahorrar tiempo.

—Si crees que lo vas a hacer mejor, cuéntala tú —digo levantándome, aunque sin ánimo de regañina. Estiro las manos por encima de la cabeza—. Os la podéis contar vosotras.

Dios sabe que hay mucho trabajo que hacer.

—Shhh —ordena Nell a sus hermanas. Da unas palmaditas en el sofá—. Ven aquí —me dice—, vuelve, te escuchamos.

Nell sabe manejar a la gente.

Emily, la mayor, se coloca la enorme mata de pelo sedoso y oscuro sobre un hombro.

—Es que pensaba que ibas a hablar de Duke, solo me refería a eso.

—Deja de tocarte el pelo —protesta Maisie, irritada.

Maisie le pidió a su padre que le cortara el pelo bien corto la primavera pasada y echa de menos su melena. Su perrita, Hazel, se levanta, describe tres círculos con torpeza en el sofá y se deja caer formando una bola. Me comunican que están listas.

Las tres chicas son ya veinteañeras y, teniendo en cuenta su evolución y su ostensible liberación, no les interesa ninguna historia que no verse sobre un hombre guapo y famoso. Sin embargo, soy su madre y entienden que tendrán que aguantarme hasta llegar a él. Vuelvo a ocupar mi sitio en el sofá y empiezo de nuevo, del todo consciente de que lo que quieren oír es justo lo que no voy a contarles.

—Duke —dice Emily—. Estamos listas.

—Os prometo que tardará en aparecer.

* * *

—¿Ya han hecho la prueba todos los candidatos al papel de director de escena? —preguntó finalmente el señor Martin con voz cansada.

La querida cabeza de Veronica asomó por el extremo del telón.

—Ya están todos —declaró, y sus grandes ojos se fijaron en los míos. Echó la cabeza hacia atrás unos segundos antes de soltar una carcajada.

El señor Martin cogió un termo del suelo y desenroscó el tapón mientras sus compañeros susurraban entre sí.

—¡Adelante! —dijo.

Mientras que el personaje de director de escena es solitario, George y Emily existen en función el uno del otro y en relación con sus familias, de modo que los Georges y las Emilys hacían la prueba por parejas. El señor Martin había elegido de nuevo un par de fragmentos del segundo acto, cosa que, en mi opinión (y la joven estudiante sentada al fondo del gimnasio estaba llena de opiniones), era una decisión práctica. En el primer fragmento destacaba más Emily, y en el segundo, George, a menos que lo que se valorara fuera la capacidad de escucha del personaje, en cuyo caso se invertían los términos.

Me preguntaba si las parejas se habían formado en la cola o si Veronica se había divertido un rato emparejando, porque el primer George tendría dieciséis años y la primera Emily, a la que no conocía de nada, no tenía ni un día menos de treinta y cinco años. Según se decía, algunas mujeres querían hacer el papel de Emily toda su vida. Iban de pueblo en pueblo por todo Nuevo Hampshire, año tras año, intentando obtener ese papel. Aquella llevaba coletas.

El señor Martin les preguntó si estaban listos y George empezó de inmediato.

—«Emily, ¿por qué estás enfadada conmigo?» —preguntó. Yo tenía delante de mí la página del texto.

Emily parpadeó. Desde luego, estaba enfadada con George, pero no sabía si decírselo o no. Se dio media vuelta y miró hacia el señor Martin. Se protegió los ojos con la mano, tal como hacen en las películas cuando quieren hablar con el director en una prueba, pero como no había focos que la deslumbraran, el gesto resultaba innecesario.

—No estaba lista —protestó.

—No se preocupe —dijo el señor Martin—. Vuelvan a empezar.

Me lo imaginé hablando a sus clientes de seguros de automóvil y de vida, explicándoles de qué manera State Farm los ayudaría si se les quemaba la casa hasta los cimientos. Estaba segura de que se lo pondría fácil.

—«Emily, ¿por qué estás enfadada conmigo?» —preguntó George de nuevo.

Emily miró a George como si quisiera matarlo y se volvió hacia el señor Martin.

—No puede empezar así —insistió Emily—. Tengo que estar lista.

No entendía qué le sucedía, hasta que me di cuenta: se había perdido. Como un caballo que tropieza nada más salir por la puerta. Aún no había empezado y estaba ya perdida.

—Podemos repetirlo —dijo el señor Martin—. No importa.

—¡Claro que importa!

¿Iba a echarse a llorar? Nos quedamos esperando, expectantes.

El chico era alto y tenía el cabello claro y alborotado; parecía que se lo hubiera cortado él mismo y a oscuras. La expresión de su cara me hizo creer que había estado pensando en algo relacionado con el béisbol y ahora se daba cuenta de repente de que había algún problema.

—Lo siento muchísimo —dijo George, exactamente tal como George lo habría dicho: parecía lamentarlo, estar preocupado y sentirse un poco manipulado. En definitiva, el chico seguía metido en el papel, y Emily lo sabía.

—Quiero empezar otra vez —dijo Emily, tambaleándose—. Quiero leer con otra persona.

—De acuerdo —dijo el señor Martin, y antes de que Emily se diera la vuelta, dijo en voz alta—: Necesitamos otra Emily.

Teníamos muchas Emilys, muchas más que Georges. Lo sabía por las fichas de inscripción. La Emily saliente pasó junto a la Emily entrante, una chica quince años más joven, con el pelo rubio, suelto y brillante. Dio un pequeño giro con las caderas para que la falda se le desplegara. Daba miedo ver lo deprisa que pasa el tiempo. Me di cuenta de que la primera no volvería.

En cambio, aquel George me gustaba. Los candidatos al papel de director de escena habían puesto el listón muy bajo. Aquel George aguantó tres rondas y cada vez hizo algo distinto, algo concreto en respuesta a la Emily con la que estaba en aquel momento. Cuando Emily era estridente, él era sencillo. Cuando Emily era tímida, él era amable y protector. La tercera —a saber cómo lo consiguió tan deprisa— se echó a llorar. Al principio fueron solo unas pocas lágrimas muy impresionantes, pero de inmediato perdió el control y se puso a soltar grandes sollozos.

—«George, por favor, no pienses en ello. No sé por qué lo he dicho...»

George sacó un pañuelo. ¿Todos llevaban pañuelo? Le dio unos toquecitos en la cara, chistó para hacerla callar y, milagrosamente, ella se calló. En el fondo del gimnasio, me estremecí.

Muchos de los Georges que vinieron después leyeron el fragmento como si estuvieran haciendo la prueba para ser Peter Pan. Cuanto más viejos, más saltitos daban en una escena que no pedía que se saltara. Las Emilys eran temblorosas, emotivas, intentaban expresar el aliento de la experiencia humana en cada frase. Estaban «enfadadas», «lo sentían» o estaban «muy conmovidas». Empecé a preguntarme si aquel fragmento era más difícil de lo que había imaginado.

Escuchaos un poquito, me apetecía gritar desde el fondo del gimnasio. Escuchad lo que estáis diciendo.

En alguna ocasión, un George mediocre aguantaba tres o cuatro Emilys porque hacía falta, aunque, si era desastroso, solo lo hacía una vez. Los directores de escena habían hecho que me sintiera violenta y los Georges, al menos después del primero, me aburrían, pero las Emilys me irritaban muchísimo. Representaban a la alumna más brillante de la clase del instituto como si fuera medio idiota. Emily Webb planteaba preguntas, decía la verdad y sabía lo que pensaba, en tanto que aquellas Emilys se recogían sus largas faldas tradicionales y maullaban como gatitos. ¿Ninguna se acordaba de lo que era ser una chica lista? No se había presentado ninguna estudiante para el papel, al menos, ninguna chica de mi instituto, tal vez porque la obra exigiría demasiados ensayos en noches que preferirían dedicar a hacer deberes, servir mesas a cambio de propinas o salir con los amigos. No había salido ninguna a representarnos.

Así que, cuando George y Emily salieron del escenario, justo antes de que aparecieran los siguientes Emily y George, le di media vuelta a mi silla. Durante un minuto, me dije que iba a volver a *El doctor Zhivago*, pero, en lugar de ello, busqué una hoja de inscripción. No es que quisiera ser actriz, sino que sabía que podía hacerlo mejor. «Nombre», decía el formulario. «Nombre artístico (si es otro)». Puse mi nombre: Laura Kenison. Más allá de mi dirección, número de teléfono y fecha de nacimiento, no tenía más datos que dar, no había manera de convertir mi trabajo de las tardes en Stitch-It en experiencia teatral. Escuché a quien estaba haciendo la prueba a mi espalda: «Bueno, hasta HACE un año me gustabas MUCHO», canturreaba Emily. Doblé el formulario y lo metí en el ejemplar de Pasternak, cogí otra hoja y empecé de nuevo. Esta vez escribí mi nombre sin la «u» que me habían dado mis padres al nacer y puse «Lara» porque me pareció que así quedaba más ruso y más mundano. Decidí que el señor Martin tenía razón: yo sería el diamante.